

Elvira Valgañón

A Estela

Oyó pasar los trenes y entonces supo.

Sólo una vez había despertado antes oyéndo pasar trenes.

Se levantó. Caminó un poco. Bebió agua en el vaso del cepillo de dientes. Y aquella mañana todo lo hizo con el alivio de quien ya sabía.

Salió después y buscó un sitio para tomar café no muy manchado de leche.

Entró en una cafetería casi azul y se sentó en una mesa junto a la ventana, acompañado sólo por un camarero con sueño y un par de clientes con más sueño todavía.

Una mujer disfrazada de papagayo y un hombre gris y silencioso que muy bien podría haber sido Kafka tomando café a su lado, deshojando margaritas o haciendo crucigramas sopas de letras autosilábicos palabras cruzadas ante la imposibilidad de descifrar el jeroglífico de la página doce.

Eso le recordó sin saber por qué a un hombre de traje, corbata y teléfono móvil, capaz de la casi herejía que era leer las páginas de economía de Le Monde en pleno Louvre.

Terminó el café y escudriñó el fondo de la taza.

Descubrió una casa con paredes llenas de huecos que por misterio no eran ventanas y una radio (esa era la del bar) en la que sonaba una canción de los Beatles (John Lennon resucitado por arte de tecnología).

Más al fondo también estaba ella, claro, ella que había sido abrazos manzana esos días en que no había ni niebla ni asfalto ni todas esas cosas prescindibles. Ella que quedó en la memoria (para dentro de un rato, para después, para siempre, lo mismo daba) como esa mancha de luz verde o morada que uno ve después de haber mirado el sol un rato, o una bombilla. Después vino el desconcierto ante el pie de foto de las instantáneas del periódico:

Dante de la mano de Virgilio
recorre los infiernos a su antojo

Ulises ha vuelto a Ítaca, habrá fiesta
y ouzó para todos

Nerón prepara lira y cerillas

Colón es descubierto por América

Amstrong camina por la luna y viceversa

Dobló el periódico y pagó su café. Salió a la calle. Encendió un cigarrillo y caminó sin prisa, atento a las palomas que se desperezaban en el puente y salían volando.

La calle tenía la cara de todos los días. Autobuses, coches, gente que nunca tropezaba, ruidos, pájaros en cables, tiendas, encuentros, semáforos, botones, paraguas por si acaso, y ninguno de los transeuntes iba dándole patadas a un violín.

Pero qué importaba si todo era igual que siempre. Qué importaba si al llegar a casa. Qué importaba si el mar o si la lluvia. Qué importaba, si el ya sabía.